

UNA GEOGRAFÍA DEL OJO.  
*EL FULGOR DEL VACÍO* DE JAVIER BELLO

ÁNGELES MATEO DEL PINO

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Por eso hay que cuidar el ojo precioso regalo del cerebro  
El ojo anclado al medio de los mundos  
Donde los buques se vienen a varar  
¿Mas si se enferma el ojo qué he de hacer?  
¿Qué haremos si han hecho mal de ojo al ojo?  
Al ojo avizor afiebrado como faro de lince

[“Canto IV”, *Altazor*, Vicente Huidobro]

De nuevo nos sorprende Javier Bello<sup>1</sup> con este poemario, *El fulgor del vacío*, que mucho tiene de novedoso, pero también de *sabor a...* Porque si bien es cierto que aprovecha la ocasión para sacar a la luz “Los pobladores del entresueño”, igualmente se vale de ella para ofrecernos, renovados, “La rosa del mundo” y “Las jaulas”. La renovación no sólo consiste en darle una nueva organización a los poemarios ya publicados, ahora partes de..., sino también –y sobre todo– porque ese *sabor a...*, al que aludíamos antes, se percibe como algo conocido y desconocido a la vez. De este modo, *El fulgor del vacío* aparece estructurado en varias unidades: una primera –“**La rosa del mundo**”– que se corresponde con el libro editado como tal. Una segunda –“**El fulgor del vacío**”– que recoge la primera parte de *Las jaulas*. Una tercera –“**Las jaulas**”– que recopila la segunda parte de la obra con igual título. Y una cuarta –“**Los pobladores del entresueño**”– que no había sido publicada con anterioridad.

Aun cuando esta estrategia de reordenar los poemarios *a priori* puede resultar arriesgada, y sin duda lo es, Javier Bello ha sabido “mover” bien sus poemas, logrando que *El fulgor del vacío* haya salido más que airoso –“aireado”– de esta difícil empresa. Y, lo más importante, este “aireo” posibilita que descubramos una nueva poesía, pues el poeta ha aprovechado para reescribir lo ya publicado. En el devenir de esta reescritura *La rosa del mundo* ha sido

“podada”, desapareciendo así algunos de sus versos. Igual suerte ha corrido *Las jaulas*, donde imágenes y metáforas han “volado”, libres ahora de la sujeción a la que el encierro poemático obligaba. Y, no cabe duda, dada la natural inclinación de Javier Bello a volver y re-volver lo escrito, que con el tiempo –si ya no lo ha hecho– “Los pobladores del entresueño” verá igualmente “mutilados” algunos de sus miembros.

Pero mientras eso esté por ocurrir, quiero detenerme precisamente en “Los pobladores del entresueño”, última parte de *El fulgor del vacío*. A primera vista observamos que ha sido con Juan Larrea con quien Javier Bello contrae su primera deuda, pues de él tomará prestado el verso que le servirá de título: “los pobladores del entresueño, amable y ávido país”. Aunque, como veremos, no será ésta la única deuda que adquiere, hay muchas otras –más o menos evidentes– que se irán haciendo “visibles” a lo largo de las páginas. Es así como hacen su aparición desde Platón, Pier Paolo Pasolini, Federico García Lorca, Alejandra Pizarnik hasta José Lezama Lima. Aunque no debemos olvidar a todos aquellos que “pasean” por *El fulgor del vacío*, como Yves Klein, Luis Cernuda, Jorge Guillén, André Breton y Philippe Soupault, Wystan Hugh Auden, Sófocles, José Martí. Por no citar a los que indirectamente -sin ser nombrados- dejan adivinar su presencia en este poemario: Rimbaud, Gabriela Mistral, Vicente Huidobro, Neruda, Ibsen..., y tantísimos otros. Para todos ellos hay cabida.

“Los pobladores del entresueño” quizá no hace otra cosa que acentuar el componente imaginario al que nos tiene acostumbrados Javier Bello. Desde esta perspectiva es pertinente señalar que algunas de las imágenes y metáforas, que en el devenir poético ha hecho tan suyas, aun cuando siguen estando ahí, ahora cobran otra dimensión y se perciben como nuevas y distintas a sí mismas. En este sentido, su bestiario –perros, aves, peces, gatos, leones, sapos, leopardos, cerdos, arañas, alacranes, abejas, delfines, tigres...– y, sobre todo, su tropel de caballos figuran trotando por entre los versos, aunque el galope se haya apaciguado. Al menos eso es lo que se deja entre-ver si lo comparamos con lo que sucede en “La rosa del mundo” y en “Las jaulas”.

Algo similar ocurre con el erotismo y ese delirio interno que es la pulsión del deseo –siempre latentes– que ahora parecen ceder el paso a una poesía más preocupada no en hallar un sentido sino en evidenciar ese sinsentido –“esta herida absurda”, al decir del tango–, que es la vida. El hablante lírico se vuelve así *el emisario de una oscuridad que anda armada*, un Altazor que desciende, sin paracaídas, presagiando el vacío. De esta manera, se suceden los “poemas-plegarias”, no súplicas humildes, pero sí fervientes, en los que el yo

poético, desde su propia conciencia —*Aquí todo se entiende*—, insiste en tomar la palabra: *De algo tenemos que hablar, // de algo tenemos que hablar tú y yo*. Pero pronto acecha el desaliento, el desánimo, la incertidumbre inherente a toda condición humana, y *el emisario* constata que la palabra —*metáfora, lengua, abecedario, alfabeto, sintagma*— es tan sólo un susurro *al oído de nuestra soledad*. Esta clarividencia es la que lo lleva incesantemente a proclamar: *No conozco, no sospecho, no hay verdad... Nada respondo. Dudo. No puedo. No puedo. Yo no quiero seguir. Yo: no sabía: yo: no vine: yo: no sé decir. No oigo. No estoy, no voy, no soy, no me acuerdo. Yo no sé a dónde voy. Temo...* ¿Es acaso la propia negación la que lo afirma? *Andar en las afueras del sol como un hereje sin juicio, ¿es ésa su condena?... Sin duda, porque esa perpetua lucha, ese eterno retorno que proyecta esta poesía no es más que la declaración de su y nuestra mortal existencia. Esto es, para decirlo con las imágenes que nos ofrece Javier Bello,*

el dilema místico del declive, la herida de ida y vuelta al matadero, el tufo de la aridez, el mal olor de boca y el exceso de sangre, la res de dios, el fuego estoico que otorga resistencia a la mano y su sintagma en el destino de las tormentas, la carne de los hombres donde vibra el sueño de las catedrales. Todo lo que ante mí descansa y sin embargo engendra, alimento y azar, destrucción y regreso, la vasija y su agua callada en mitad de la sombra igual a la lengua del deseo. Esto es lo que tengo que decir, esto declaro en la aduana como único ojo para caminar sin permiso: aquí pende el ahorcado, éstas son las piernas de la verdad donde termina el mundo.

Este yo poético, como Fausto tras la huella de la suprema verdad, no duda en poner su “alma-poesía” al servicio del saber. Aventura ésta que consistirá en satisfacer, o mejor apaciguar, la sed de conocimiento que lo ocupa todo. Y es así como asistimos a la permanente búsqueda de aquellos interlocutores posibles, sean éstos el Cordero de Dios o el Ángel del Diablo. Y es así como afloran los interrogantes que se materializan en la poesía, porque ésta siempre deviene pregunta, nunca respuesta. Con todo, la materia poética se vuelve reflexión —acaso perturbación— de ese abismo al que nos aboca nuestra propia condición humana. Precipicio que, aun cuando no vemos, presentimos como algo cercano.

Esta caída en picado hacia el vacío y el resplandor o presentimiento que de él tenemos son las imágenes desde las que se parte para dar título a todo el poemario —*El fulgor del vacío*—. Imágenes que se van armando gracias a las sugerencias de Ives Klein —“en el corazón del vacío como en el corazón de los hombres hay fuegos ardiendo”— y de W. H. Auden —“Aquel vacío es la

tumba a la que regresan los altos”–, pero a las que Javier Bello imprime un carácter nuevo cuando enuncia: *Las cosas no deberían existir// pero están puestas donde las vemos para espantar el fulgor del vacío*. Hasta llegar a la forma precisa al poetizar: *El fulgor del vacío es una idea que se debe a lo reconocido en el territorio de la muerte, cuyo vabo es un cerco*.

Pero, cabe preguntarse, ¿cuál es en verdad la conciencia poética desde la que se vislumbra ese fulgor del vacío? O, aún mejor, ¿cuál es la forma en la que se encarna esa conciencia poética? Sin duda, la respuesta parece estar en el ojo. Un ojo que todo lo ve, que todo lo adivina, que ocupa el más allá y el más acá, y que reside en ese lugar intermedio –donde vigilia y sueño se confunden– al que se denomina *entresueño*. Desde esta percepción *los pobladores* de Javier Bello se materializan bajo la forma de múltiples ojos al acecho, y desde ellos se proyecta la particular aventura que el hablante lírico –una especie de Peer Gynt ibseniano– llevará a cabo en pos del conocimiento.

Esta geografía del ojo que nos ofrece Javier Bello recuerda en mucho a aquella otra que magistralmente recreara Vicente Huidobro en el “Canto IV” de *Altazor*:

[...]

Yo amo mis ojos y tus ojos y los ojos

Los ojos con su propia combustión

Los ojos que bailan al son de una música interna

Y se abren como puertas sobre el crimen

Y salen de su órbita y se van como cometas sangrientos al azar

Los ojos que se clavan y dejan heridas lentas a cicatrizar

Entonces no se pegan los ojos como cartas

Y son cascadas de amor inagotables

Y se cambian día y noche

Ojo por ojo

Ojo por ojo como hostia por hostia

Ojo árbol

Ojo pájaro

Ojo río

Ojo montaña

Ojo mar

Ojo tierra

Ojo luna

Ojo cielo  
Ojo silencio  
Ojo soledad por ojo ausencia  
Ojo dolor por ojo risa

Si algo hay que destacar de ambos poetas es el sentido metafórico que en ellos adquiere el ojo, aunque acaso en la poesía de Javier Bello la dimensión geográfica de éste sea más amplia. De tal modo, “Los pobladores del entre-sueño” comienza con una cita de Platón –“Dios geometriza siempre”– que nos conecta con el universo de las formas, pues si Dios ordena el mundo a través de ellas, él y “sus ojos” se perciben como “forma pura”, símbolo de vigilancia y protección de sus criaturas: “cuyos ojos están abiertos para ver los caminos de los hijos de los hombres” (Jeremías 32, 19). Además, conviene recordar que la imagen de *su* ojo inscrito en un triángulo invertido se utiliza, desde la pintura renacentista, como figura *geométrica* y representación de la Santísima Trinidad. Así, frente a este bíblico ojo divino, que simboliza a un Dios omnipotente y omnisapiente, el yo poético sitúa el ojo humano, que todo lo duda, que *interpreta*. Y por lo tanto *engaña*.

Es éste un ojo mortal que evidencia la imposibilidad de su plena realización –*El hijo del hombre tiene los ojos cosidos*–, porque no sólo se trata de mirar a través de ellos, sino de que ellos sean capaces de descifrar la verdad y puedan responder a los múltiples interrogantes que plantea la propia existencia. Desde esta perspectiva, ese “ver” a través de los ojos implica también percibir con la inteligencia. Pero como ese conocimiento pleno de por sí jamás se alcanza es por lo que los ojos se arrancan fuera de sus órbitas –*dejo el ojo en el vaso*– y aflora la animalidad –*cautivo devoro ojos enfermos*–, –*Mis ojos rugen al león ensimismado de las lámparas*–. Acaso porque, como señalan André Breton y Philippe Soupault, “tan sólo somos animales perpetuos”. Por todo ello, aun cuando el yo poético proclame *Éste es mi ojo cerradura con pétalo insomne* o bien *La piedra verdadera entra por el ojo mortal*, se constata que el ojo humano no es omnipotente y, por tanto, no puede aprehenderlo todo. De este modo, se sucede una serie de ojos *ebrios, enfermos, vacíos, enjaulados, arañados, cansados...*, que son imágenes o representaciones de cómo captamos la realidad o, quizá, de cómo el mundo adquiere realidad ante nosotros.

En el transcurso de esta aventura en pos de la verdad el ojo se conforma también como “ojo del tiempo”, símbolo éste muy apreciado por los surrealistas. Cabe citar, a este propósito, la joya que diseñó Dalí, llamada precisamente “El ojo del tiempo”, y a la que se refiere el propio artista cuando señala:

“No es posible huir su tiempo ni cambiarlo. El ojo ve el presente y el futuro”. En esta misma línea se sitúan algunas de las imágenes de “Los pobladores del entresueño”, pues el yo poético, desde la propia conciencia temporal, habla de un transcurrir que, más que fluir, parece precipitarse al vacío. El devenir humano adquiere así la forma de un “ojo-tiempo” que se vierte —*cuando caes en verdad al derramar el ojo*— hacia ese abismo —*más rápido que el ojo se despeña por las barbas del ocaso y la fiebre*— o locura —*Y tú, mi dulce muerta, en tu viñeta absurda, cantas, saltas del agua, y tu cantar infunde la demencia en mis ojos*— que es la muerte misma. Todo ello lleva a que el hablante lírico declare:

Lo que tarda un río en contemplar el tiempo que representa con su cintura acuática. Lo que espera un pie por seguir al otro en su perpetua emboscada y continuar hasta el mar. Lo que la mano tarda en ponerse en la visera del ojo y el ojo en interrogar al cristal de los muertos por una baratija que se hace relámpago, la horca del horizonte colorada como un espectáculo de oro. Si ésta es la aleación de todos los relámpagos, yo no quiero seguir.

Al parecer, la única salvación posible que le queda al yo poético es la de revivir a través de los sueños, mundo onírico en el que las fronteras entre la realidad y la ensoñación se difuminan. Surgen así unos ojos llenos de sueños y unos sueños llenos de ojos, y con ellos el hablante parece estar más cerca de ese conocimiento, esa visión abarcadora que constantemente persigue, porque para soñar no hace falta ojos que vean —*He sido, he nacido, // he renacido en sueños como el ciego // ausente ante el parto de sus ojos*—. Pero el sueño —*un poco de razón, un poco de espejismo*— también infunde miedo, pues en esa (i)realidad que ofrece se contiene, tal vez, el verdadero saber que no siempre se logra descifrar. De esta manera se nos dice: *Me persigo en el sueño* —y se añade— *Temo al nido que desatas mientras pasas tus manos por el ojal del sueño*.

En esta geografía que nos ofrece Javier Bello existe igualmente un ojo que simboliza la poesía. Sin duda, éste es el más completo porque en él se sintetizan todos los demás: “ojo mortal”, “ojo-tiempo”, “ojo-sueño”. Este ojo que deviene poesía se configura como una metapoética que lo vuelve todo del revés. Desde esta percepción el poema nos remite siempre a una oscuridad que sólo se puede percibir *ojo adentro*. Poesía que se revela como conciencia de todas aquellas sombras que acosan al hombre, y desde esta perspectiva interroga a lo que sin ser real parece serlo. Por todo ello, este discurso lírico no trata de ser complaciente, no es *la lengua que habla en vano sobre el escenario de la poesía y pregunta “por qué me has abandonado”*, al contrario, es éste un *habla*

que no pide disculpas, la lengua que huele a lluvia y alacranes, el abecedario que se pudre de noche. Y el poeta, cuya imagen se nos presenta desgranando *el sol en la casa de los alfabetos*, opta por llevar a cabo *el robo de la materia poética bajo la forma del fuego*. Esta conciencia poética —ojo adentro— es la que transforma al poeta en *emisario de una oscuridad que anda armada*, a la *poesía en párpados negros* y al *poema en oscuridad*: *En mitad de la noche divido los enjambres // de mi propia palabra que se saca los ojos y los cuelga*.

Con todo, *El fulgor del vacío* —y por ende “Los pobladores del entresueño”— se nos revela como una aventura poética en pos del saber. Una aventura que implica siempre un ir más allá, pues no sólo se trata de indagar a través de la razón, y con la visión que nos reflejan los ojos humanos, sino de profundizar en esos otros enigmas, incoherentes, irracionales, absurdos, desligados y sin explicación, que constituyen el mundo de luces y sombras que es la propia existencia. La poesía, en este sentido, tal vez sea la única forma capaz de proyectar, a través de múltiples interrogantes, esa otra mirada oscura —no visible— donde realidad y fantasía se confunden. Ésta es la geografía del ojo que nos regala Javier Bello: ojo mortal, ojo tiempo, ojo sueño, ojo poesía..., ojo depósito, ojo forma, ojo fisura..., sin duda “la más complicada”, como diría Vicente Huidobro, y también la más arriesgada. Debemos tener cuidado, porque mientras una nube desflecada corta la luna, Javier Bello toma su cuchilla de afeitar y... ¡¡¡chasssss.....!!!!... nos hiende el ojo.

## NOTAS

- 1 BELLO, JAVIER (Concepción, Chile, 1972) ha publicado los siguientes poemarios: *La noche venenosa* (Concepción, 1987), *La huella del olvido* (Concepción, 1989), *La rosa del mundo* (Santiago, 1996), *Las jaulas* (Madrid, 1998) y *El fulgor del vacío* (Santiago, 2002).